

El brote

Tengo las manos manchadas de sangre de tanto cavar. Pero los muertos no paran de crecer, y necesito darles una buena sepultura cristiana. No sé cuánto tiempo pasa, y la verdad es que estoy empezando a pillarle el gusto. Cuando por fin el agujero es lo suficientemente grande, arrastro el cadáver y lo tiro a su interior. Me seco el sudor de la frente y vuelvo a nuestro improvisado hospital.

Soy enfermera. O lo seré cuando termine las prácticas, prácticas que por cierto debería haber terminado hace tres días. Por desgracia, las fuertes tormentas nos han incomunicado, y no puedo salir de la isla. Para colmo ha habido un brote de vete tú a saber qué, y con el resto de médicos muertos solo quedo yo para atender a los contagiados, que disminuyen de manera inversamente proporcional al aumento de los cadáveres.

Hay una figura pálida y rubia a lo lejos. Luisa. Me acerco a ella, que no despierta de su trance hasta que la saludo.

–Ah, hola. ¿Qué tal todo?

–Como siempre. ¿Cómo va Antonio?

–Está delirando. ¿No puede hacer nada?

–No creo. Nos estamos quedando sin medicamentos, no tengo muchas opciones hasta que cese la lluvia.

Luisa vuelve a su trance, y yo me voy. Ya me estoy acostumbrando a las rarezas de esta gente. Me dirijo al edificio donde se acumulan los enfermos, y compruebo que de momento no hay ninguna baja nueva. Soy la única que sabe algo de medicina por aquí, y no doy a basto. Sé que llevo poco más de un mes en la isla, pero parece que me haya pasado la vida rodeada de estas aguas violentas. Le administro la poca penicilina que queda a Rafael y no puedo evitar pensar que está perdido si la situación continúa así durante otra semana.

He dormido poco más de doce horas en los últimos diez días, y tengo sueño acumulado. En esta quincena solo le he dado el alta a un paciente, versus a los dieciséis a los que he enterrado. Llega a pasarme hace dos meses y me habría puesto a llorar, pero aquí no puedo ocuparme de mis emociones.

Una cría de catorce años llamada Victoria que me ayuda de vez en cuando viene y me dice que Antonio ha muerto. Joder. Le mando que lo entierre, yo ya no siento las manos. Si por lo menos el hospital original siguiera en pie... Pero un día de repente solo quedaban ruinas. Luisa me dijo que le había caído un rayo, y todos los medicamentos se habían reducido a escombros.

Estoy llegando a mi límite. Necesito algo con lo que trabajar, lo que sea, aunque se trate de una mísera dosis de amoxicilina. Le encargo a Victoria que cuide de los enfermos un par de horas y salgo del hospital. Aire fresco, por favor. Duermo dentro del edificio, que está al lado del bosque, lo cual significa que llevo semanas sin pisar el poblado. Igual queda algo ahí. Y si no me lo han dicho es porque no saben lo que es. Entienden que es importante, me dejarán entrar en sus casas.

El pueblo es bonito, y agradable. Las casas en perfecto estado, limpias y ordenadas, y la gente que siempre sonrío cuando te la encuentras alegran el día a cualquiera. Pero hoy no. Hoy lo que necesito son medicamentos, y ellos no tienen. Ninguno. Entro en varias viviendas, pregunto a todo el mundo. Y nada. Necesito un antibiótico, joder, un puto antibiótico. Algo con lo que poder seguir manteniendo con vida a mis pacientes, hasta que lleguen los refuerzos.

No quiero estar aquí, quiero irme a casa. ¿En qué momento me pareció buena idea hacer las prácticas en esta mierda de isla? No pienso, no razono. Me voy.

Luisa está justo donde la he dejado. Me saluda, pero yo apenas puedo sonreír. Y entonces...

—¿Sabe qué? Juraría que Tomás llevaba medicamentos encima. Una pena que lo enterrase hace unos días.

No me importa. No me importa mancharme las manos, no me importa la tierra que se me acumula bajo las uñas, me recuerda que estoy viva.

Podrían haber pasado segundos o milenios cuando llego hasta el cadáver en perfecto estado de Tomás. El clima no ha ayudado a la descomposición, y si no fuera por su expresión indiferente pensaría que va a levantarse y sonreír en cualquier momento. Echo de menos su alegría y su optimismo. La verdad es que ahora mismo me vendría bien algo que me levantara el ánimo. Me siento sola, siento que todos me están abandonando. Quiero llorar.

Al final resulta que Luisa tenía razón. Hay pastillas en sus bolsillos, más ampicilina. Me da igual cómo han acabado ahí, si os soy sincera. Ahora mismo hay muchas cosas que me dan igual.

Le llevo el medicamento a Victoria y le pido que lo administre a los pacientes.

Me encuentro muy mal. Quiero irme a casa, o dormir, o lo que sea. No puedo más, no puedo pensar, no puedo seguir así. Al lado de la cama que ocupaba Antonio hay una caja con píldoras. No sé qué son, pero no me importa. Me tomo las que quedan, necesito colocarme. Ni siquiera me siento mal por los pacientes que las hubieran necesitado más que yo. ¿Qué me pasa? Yo no era así. Pero ahora ya no sé quién soy, no sé qué es nada de lo que hay a mi alrededor.

Empiezo a tener mucho sueño, me estoy durmiendo. Creo que voy a dormir, quiero dormir. Me tumbo en la cama de Antonio, y cierro los ojos. Ya está. Ya estoy bien.

Despierto en un curioso silencio. Me giro y no veo a nadie. ¿Dónde están todos? Igual han ido al pueblo. Me levanto y voy en su busca. Ya me encuentro mucho mejor.

Dejo una nota y echo a andar. Me pierdo dos veces, pero al final llego al pueblo. O a lo que creo que es el pueblo. Porque joder... ¿Qué ha pasado aquí? No queda nada. Nada de

nada. La vegetación ha entrado por las ventanas y veo decenas de roedores correr de aquí para allá. Intento abrir una puerta y en el interior la madera se ha podrido, así que desisto. Evidentemente no va a haber nadie, pero me resisto a rendirme. Esto ya está todo en mal estado, así que supongo que dará igual que me cuele por la ventana. Lanzo una piedra y rompo el cristal.

Dentro es un desastre. Más aún, si es posible. De repente todo el cansancio que he ido acumulando estas semanas me invade de golpe, y me dejo caer. ¿Qué demonios ha pasado? ¿Por qué no queda nada? Me arrastro hasta una mesilla y miro en su interior. Hay una caja de aspirinas, que según la fecha de caducidad debería estar en buen estado. Pero rozan la descomposición, así que las tiro con una mueca de asco.

Sigo mirando, pero en las únicas casas en las que hay algo se encuentra de idéntica forma: lleno de insectos, de colores extraños y desde luego en algo que no parece una muy buena presentación.

Hay un diario escrito con una bonita letra. Solo una página es legible.

Han muerto todos. Hoy he enterrado al último cadáver. Solo quedo yo, y parece que no van a venir a buscarme. Igual muero aquí. Siento que voy a caer en la locura, echo de menos mi casa, mi hogar. Por la noche oigo voces, veo sombras y noto insectos recorriendo mi cuerpo. Dicen que así empieza la psicosis. No sé por qué no llega nadie. ¿Piensan que yo también me he infectado del brote? Tengo miedo.

No hay nadie, nadie que pueda decirme quién ha escrito esas tétricas líneas. No imagino a alguien viviendo en estas casas pero, ¿dónde están? Y, ¿qué ha pasado aquí? ¿Por qué pone que han muerto todos pero ayer mismo el pueblo estaba lleno de gente? Necesito encontrar a Luisa. O incluso a Victoria. O a quien sea, ya me da igual. Pero necesito respuestas, antes de caer en la locura.

Vuelvo corriendo al hospital. Se me ha deshecho el moño, y me lleno entera de barro cuando tropiezo y caigo al suelo. Justo en medio del cementerio. Y al lado de la tumba que desenterré ayer. Al levantarme echo un vistazo a su interior. Hay un esqueleto en perfecto estado. Grito, pero evidentemente no viene nadie. No es posible. No ha dado tiempo a que se descomponga. ¿Qué demonios...?

Cojo una pala y empiezo a cavar el resto de tumbas. Un fémur por aquí. Una tibia por allá. Y ahí hay un cráneo. Me estoy mareando, pero no paro. El cansancio me ayuda a lidiar con mis emociones. Ni siquiera me detengo cuando anochece. Podría haber estado seis horas, diez o catorce, no lo sé. El sueño no me detiene, el calor no me detiene, el dolor no me detiene.

Se me ha debido de pasar el efecto de las pastillas cuando vuelvo al hospital. Quiero dormir, otra vez, y me noto más lúcida. Casi prefería tener el cerebro embotado. Voy a buscar más, pero una voz me detiene:

—¡Mercedes! —Es Luisa. Suspiro aliviada. La echaba mucho de menos—. ¿Qué hace ahí? Venga conmigo, la estábamos esperando.

Me coge de la mano y me arrastra con delicadeza hacia fuera, alejándome de las pastillas. En verdad ni siquiera he mirado exactamente qué son, aunque como ya no estoy bajo sus efectos no me importa mucho. Ah, sí. Ahí lo pone. “Litio.” Está junto a la nota que he dejado antes, y no acabo de ubicarla pero juraría que mi propia letra me suena de algo.

Me alegro de que Luisa haya vuelto. Me dejo llevar con una sonrisa en los labios. Todo está bien. Ahora ya sí.